Inútil declarar que el artículo salió bastante mediano, con balbuceos de niño que aprende, con pedanterías de principiante, circunstancias que á mí no me importaron lo más mínimo, preocupado como lo estaba con la realización de uno de mis primeros ideales literarios.

En dos días, repartí, por lo menos, unas cincuenta tarjetas. Cualquier motivo servíame de pretexto: indicar un domicilio ajeno, un autor célebre, una cita con masculinos, el nombre de algún diario. Tenía yo hambre de que el mundo se enterara de que contaba con un periodista más, con un periodista entusiasta y decidido.

En la imprenta, cambió de golpe mi situación. Pasé de la buhardilla de Aurelio Garay al saloncito de los redactores; se me dió una mesa nueva, algunas noches, los billetes para uno de los teatros. Las delicias del periodismo, que las tiene y mucho, me sonreían conforme se me acercaban, recompensábanme de mis contratiempos antiguos, y, aunque toda mi preparación para la carrera reducíase á buenos deseos, sobrenadaba una opinión autorizada, la de Alfredo Chavero cuando

leyó mi reportazgo á los chinos. Fundado en el parentesco que nos une y en su innegable competencia literaria, me había dicho:

— Tu artículo está muy mal escrito, pero así y todo se deja leer, podrás escribir si estudias y te corriges.

Del grupo de redactores de entonces, no queda actualmente ninguno en el "Diario". Eramos varios: Luis G. Iza, siempre acompañado del "viejo Ramirez", Aurelio Garay, Félix M. Alcérreca, Barraza, Angel Pola, Enrique Aragón, uno de los Arriola y vo. Además colaboraban. casi diariamente, el mismo Mata y Francisco R. Morales; y allá, muy de cuando en cuando, en los momentos solemnes y culminantes, Hilarión Frías y Soto se dejaba caer con un artículo que levantaba ámpula por lo acerado de su estilo. Nunca firmaba sus escritos y en la conversación sostenía no haberlos escritos él, pero era de balde; su esgrima intelectual dejaba huellas dolorosas y por lo bajo lo designaba todo el mundo como autor del dardo. Por supuesto que era él la figura principal en la redacción, con nadie se codeaba, trataba á Mata de igual á igual, y si alguna vez se dignaba visitarnos en nuestra estancia, para fumar un cigarro ó charlar un rato, lo rodeábamos

sin interrumpirle, encantados con su título eterno. y que vale más que los otros : hombre de talento. Porque lo tiene en abundancia, del bueno, del que atrae, del que borra otros defectos. Principiaba sus charlas con la vivisección de algún prójimo conocido, para concluir fatalmente con uno de sus dos grandes odios: el clero y los españoles. En ocasiones, se entusiasmaba, convertía la plática en discurso, reaparecía el parlamentario de raza, el pensador compañero de Ignacio Ramírez, el descreído, y nosotros nos amotinábamos espantados, excepción hecha de Barraza que, en estas materias, daba treinta y raya al más pintado. Para mí tenía Frías y Soto dos atractivos poderosísimos, sus novelas y su reputación de calavera; sobre las primeras le preguntaba vo muchas cosas, sobre la segunda 'nó, porque él no daba entrada: escapábasele, á lo sumo, una que otra sátira acerca de los maridos, uno que otro escepticismo acerca de las mujeres, y se volvía á su lugar, una papelera de colegial que tenía en la administración, frente á la puerta de entrada. Allí escribía la tarde entera con plumas de ave que cortaba él mismo; acumulaba sus manuscritos, los releía y en seguida los encerraba.

Al irse la tarde le llagaba una visita invaria-

ble, la del magistrado Luis Malanco. Parece que eran amigos de antaño y sólo así se comprende que no riñeran setenta veces por lo disímbolo de sus caracteres. Es Frías y Soto fogoso y Malanco era plácido; librepensador convencido aquél y católico practicante éste; doctor en medicina el uno y doctor en leves el otro; sin embargo, no podían dejar de verse, ni de discutir, ni de apreciarse. También á Malanco le queríamos todos, le halagábamos su debil : la conversación ; una vez que se posesionaba de la palabra le tenía á uno encantado horas y horas. Conversador eximio, sabía mezclar con raro talento lo vivido á lo imaginado, los recuerdos con los anhelos, las reminiscencias de su viaje á Oriente - publicado en una obra de dos tomos - con las de su permanencia en Europa como secretario de legación. Añádase á esto un modo de decir reposado, acariciador, unos modales de persona distinguida, y se tendrá una idea de la magia de sus narraciones.

Con semejantes elementos yo andaba muy satisfecho; las amarguras de mi odioso empleo en un juzgado de lo criminal, me desaparecían como por encanto en esta otra atmósfera que aspiraba á plenos pulmones, para que me fortificara contra

mis naturales desalientos de literato novel é ignorado. Sucesivamente, en los tres años que permanecí en El Diario del Hogar fui repórter, gacetillero, hice cuatro ó cinco boletines contra la municipalidad y llegué á cronista de alternativa, que era toda mi ambición. Ir á los teatros, entrar á sus bastidores, conocer artistas, describir fiestas, maldecir de tiempo en tiempo de las pasiones y sus estragos, aunque no los conociera, ¿ qué más podía pedir? Fué Aurelio Garay quien bautizó mis crónicas y yo quien me buscó pseudónimo; intituláronse "Desde mi mesa" y las firmaba "La Cocardière". 1 Ah, el primer domingo que me ví impreso en el lugar preferente del diario, cuántos ensueños se alzaron en mi cuarto, qué alegría de vivir! ¡ Låstima que la imprenta nos despierte tantas vanidades y tantas pretensiones; sin ellas, sería de veras una bendición el escribir para el público!

Llegó una ocasión en que ya no me bastó el que los amigos supieran que yo estaba en el periodismo; ni que verdaderos príncipes de la crónica, como Manuel Gutiérrez Nájera, me aplaudiera, por estimularme, tal ó cual párrafo de alguna mía; ni que determinada coristilla me tolerara proposiciones anacreónticas, y me lancé á incenzar á

cuanta primadonna pasó por México. Y como el incienso nada me trajo en cambio, varié de rumbos y puse á una diva de ópera italiana poco menos que sin voz, ni escuela, ni nada — para algo era yo cronista. La maniobra surtió, un médico muy conocido intervino en el asunto y me llevó á ver á la pobre señora, que era, en efecto, una medianía; hicimos las paces, se tomó una copa de Marsala, se habló de arte y el empresario me dejó una tarjeta en la redacción. ¡Oh poder ciego de la prensa!

A renglón seguido, tuvimos á Luisa Théo que dió al traste con mis propósitos de severidad; me gustó tanto la mujer que me olvidé de juzgar á la artista. Creí que la Théo era un enviado extraordinario del París que yo conocía al través de novelas malas y revistas verdes, del París ese con que deliramos todos los hispano-americanos cuando somos jóvenes, es decir, una ciudad que sólo ofrece muy buen champagne y muy lindas mujeres. En los artículos que domingo á domingo le dedicaba yo, palpitaban los deseos más que las alabanzas, y en premio de ellos me otorgó la Théo, amén de sus agradecimientos verbales, el permiso de que le besara una mejilla. La casualidad me permitió algo más: que la sorprendiera una vez

en su cuarto del teatro cuando la camarera, de ro dillas, le ataba una liga.

Con la Judic, mis relaciones revistieron otra forma; fuímos casi amigos, algunas ocasiones le envié flores al hotel, y ella me hizo una confidencia que me dió á conocer el ningún cariño que los artistas europeos sienten por nuestra pobre América en las tournées anuales que practican. Llevaba un diario íntimo de sus impresiones americanas, y en las dos últimas hojas, repetidos los números desde el 1 hasta el 31, con tachos algunos y los demás intactos.

- Y esto ¿ qué significa ? le pregunté.

— Los números tachados son los días que llevo de viaje y los otros son los que me faltan [hélas! para volver á París...

En escala ascendente, conocí y traté á Sarah Bernhardt y Adelina Patti, y en descendente, á cuanto actor y actriz, propio ó extraño, trabajó por entonces en nuestros teatros; circunstancia que indudablemente ha contribuído á hacerme amar, como amo, todo lo que con el teatro se relaciona. Y cuando las compañías recién llegadas ó las acabadas de formarse, me mandaban mi tarjeta personal de entrada, estuve á punto de suponerme — en minutos de frecuente vanidad — un

crítico teatral y no de porvenir sino de presente.

Así tué cómo le metí la mano á un drama de José de Jesús Cuevas, que no lo merecía; cómo flagelé "La Pasionaria" y "El Gran Galeoto", que sí lo merecen; cómo discerní premios y castigos.

Representando siempre á El Diario del Hogar asistí á banquetes oficiales y oficiosos, á inauguraciones de edificios y de caminos de hierro, á paseos políticos, á exámenes, á conferencias, á entierros; hasta á un célebre baile que hubo en Palacio!

¡ Qué despertar tan duro, al día siguiente, allá en un juzgado de lo criminal, junto al pupitre ennegrecido y, esclavo del sueldo, escribir y escribir sin levantar la mano del papel, sin que mis ilusiones intentaran siquiera tender el vuelo! Puede decirse que vivía yo dos vidas, sin parecidos ni puntos de contacto; la una, el más grato de los sueños; la otra, la más penetrante de las realidades. Creo que hasta adquirí dos caracteres; por la mañana, serio, sin hablar; las tardes y las noches, alegre, comunicativo, con ansia de desquitar el tiempo perdido.

Por entonces, principió El Diario del Hogar á vacilar sobre sus bases; aquellos sábados al obscurecer en que llegaba Mata con la cartera

congestionada de billetes de banco que se convertían á poco en pilas tentadoras de pesos duros, flamantes, prometiendo muchas cosas con su sonido blandamente armonioso, con las águilas de su anverso y los gorros frigios de su reverso, se marcharon poco á poco ; dejaron su sitio á otros sábados sombríos, el presupuesto ya desnivelado, en que Mata llegaba de mal humor, reñía á los cobradores, desenterraba monedas olvidadas en los fondos de los cajones de su mesa, entre un artículo manuscripto y el menú de algún banquete, y hacía un prorrateo de las existencias de la caja, nos conocía en la cara quién era el más necesitado, prodigaba sonrisas, y sin lamentarse nunca, prefería á los cajistas, á los repartidores, á la gente menuda, procuraba pagarles su jornal íntegro, alegándonos entre broma y broma:

- Lo necesitan más que nosotros!

Prueba de que Mata sabe darse á querer, fué que nadie pensó en abandonarle, á pesar de que el dinero nos huía; al contrario, nos entró como una especie de estímulo, nos ingeniamos de mil maneras para disfrazar la mala fortuna, se redobló nuestro cariño al diario; Angel Pola tuvo un duelo y yo sacrifiqué unas cenas semanales en el Café de París, con que obsequiaba á mi primera

querida y en las que llegaron á figurar por excepción, tres docenas de ostras veracruzanas. Estaba roto el fuego.

Hasta que un día nos reunió Mata á todos los redactores, y visiblemente conmovido, nos significó la situación:

— El gobierno — estábamos en época de elecciones — acaba de realizar una maniobra con la que yo no estoy de acuerdo. Pero, como no quería perjudicar á nadie, nos notificaba que su periódico iba á comenzar una guerra sin cuartel contra la administración. Si nosotros no queríamos ó no podíamos seguirlo, quedábamos en la más absoluta libertad; él no guardaría rencor á los que se fueran, no lo reputaría una deserción. Y nos tendió la mano á todos, mudos y reflexivos, el semblante solemne, como siempre que se trata de adoptar una seria resolución.

Yo fuí de los que se separaron; así se lo signifiqué al día siguiente, y al despedirnos, nos dimos un abrazo estrecho y prolongado.

- ¿Vendrá usted á verme de tiempo en tiempo ?
- Pues ya lo creo ¿acaso dejamos de ser amigos ?...

Y cuando cruzaba yo la puerta, me llamó, tomó de su biblioteca giratoria El Sacerdote, la Mujer

y la Familia, de Michelet, que todavía conservo, y me lo regaló con esta dedicatoria de su puño y letra:

Al Benjamin de los redactores de "El Diario del Hogar".

Filomeno Mata.

V

MALAS COMPAÑÍAS

Después de comer en casa de mi hermano, alguien narró el caso que tenía escandalizada á la sociedad de México. Tratábase de una señora casada, de buena cuna, que había caído estruendosamente, sin nada que la disculpara, por el placer de enlodarse, de probar el vicio.

-¿Y tiene chicos? pregunté yo.

- Sí tiene; uno ó dos.

En mi fuero interno la condené, porque desde entonces me apuntaba la convicción que he ido robusteciendo con el tiempo y mis observaciones, de que la maternidad es un santo derivativo. Y sin lógica, por absurda asociación de ideas, tuve lo que el vulgo llama una "corazonada", me ví con esa mujer, en relaciones amorosas contra mi